

# CASI HUMANO

ROBERT BLOCH

—¿Qué desea usted? —murmuró el profesor Blasserman.

El hombre alto con impermeable negro sonrió. Introdujo un pie en la abertura de la puerta entreabierta.

—Vengo a ver a Junior —contestó.

—¿Junior? Debe tratarse de un error. No hay chicos en esta casa. Yo soy el profesor Blasserman y...

—No me venga con monsergas —le interrumpió el hombre alto.

Introdujo una mano en el bolsillo del impermeable y apuntó el horrendo cañón de una pistola a la rechoncha cintura del profesor Blasserman.

—Vamos a ver a Junior —insistió el alto—. Tengo unos dedos muy nerviosos, ¿entiende? Y uno de ellos está acariciando el gatillo.

—¡Usted no sería capaz...! —exclamó el profesor Blasserman.

—Soy capaz de muchas cosas —musitó el alto—. Será mejor que se mueva, profesor.

El profesor Blasserman se encogió de hombros ante lo irremediable y volvió sobre sus pasos por el pasillo. El hombre del impermeable negro le siguió. Ahora el cañón de la pistola se apoyaba contra la columna vertebral del profesor, empujando su obeso y pequeño cuerpo.

—Es aquí.

El anciano se detuvo ante una puerta primorosamente labrada. Se agachó e introdujo una llave en la cerradura. La puerta se abrió, dando paso a otro corredor.

—Sígame.

Caminaron a lo largo del pasillo. Estaba oscuro, pero el profesor no vaciló ni aminoró el paso en ningún momento. Y la pistola no se separaba de él, presionándole el tejido adiposo de la espalda.

Otra puerta; otra llave. Esta vez había que descender por una escalera. El profesor encendió una débil lámpara que colgaba del techo, antes de empezar a bajar las escaleras.

—No hay duda del hecho que cuida de Junior con extremo celo —dijo el hombre alto en voz baja.

El profesor se sobresaltó ligeramente.

—No lo comprendo —musitó—. ¿Cómo se ha enterado? ¿Quién pudo decírselo?

—Tengo contactos —contestó el alto—. Pero no se olvide de esto, profesor. Aquí, el que hace las preguntas soy yo. Límitese a llevarme donde está Junior, y cálese.

Llegaron al pie de la escalera y se encontraron ante otra puerta. Ésta era de acero. Tenía cerradura de caja fuerte, y el profesor Blasserman tuvo inconvenientes con la combinación a causa de la débil luz. Sus dedos regordetes temblaban.

—Así que éste es el cuarto de los niños, ¿eh? —observó el hombre de la pistola—. Junior debería sentirse halagado ante todos estos cuidados.

El profesor no replicó. Abrió la puerta, oprimió un interruptor de la pared, y la luz inundó la estancia.

—Ya hemos llegado —dijo, con un suspiro.

El hombre alto recorrió la habitación de una sola mirada escrutadora: una observación de carácter profesional, que él podría haber descrito como «para hacerse cargo de la situación».

A primera vista no había nada de qué «hacerse cargo».

El obeso y pequeño profesor y el enjuto pistolero se encontraban en el centro de un amplio y alegre cuarto para niños. Las paredes estaban empapeladas de color azul pálido, y a lo largo de los bordes del papel había figuras decorativas: animales de Disney y personajes de «Mother Goose».

En uno de los rincones había una pizarra, una pila de juguetes y unos cuantos cuentos infantiles. En la pared opuesta colgaban varios gráficos médicos y pliegos de papel.

El único mueble era una larga litera metálica.

Todo esto lo registró el hombre alto y delgado de una sola mirada. Luego sus ojos ignoraron el decorado y se concentraron, con un brillo fulgurante, en la figura sentada en el suelo en medio de un revoltijo de cubos con las letras del alfabeto pintadas en ellos.

—¡Vaya, aquí está! —dijo el hombre alto—. ¡Junior en persona! Vaya, vaya..., ¿quién lo hubiera imaginado?

El profesor Blasserman meneó la cabeza.

—*Yah* —dijo—. Me ha descubierto. Aún no sé cómo, y tampoco sé por qué. ¿A qué viene su interés en él? ¿Por qué se entromete usted en mis asuntos? ¿Quién es usted?

—Escuche, profesor —repuso el alto—. No soy el empleado del departamento de información de una tienda. No me gustan las preguntas. Me molestan. Hacen que mis dedos se pongan nerviosos. ¿Me comprende?

—*Yah*.

—¿Qué le parece si ahora para variar le hago yo unas cuantas preguntas? Y espero que las responda..., ¡sin vacilar!

La voz ordenaba, y el arma respaldaba la orden.

—Ahora hableme de Junior, profesor. Hable, y hable sin rodeos.

—¿Qué podría decir? —El profesor Blasserman extendió las palmas de las manos en un gesto de impotencia—. Ya lo ve usted.

—Pero, ¿qué es? ¿Qué es lo que le hace funcionar?

—Eso no lo puedo explicar. Me llevó veinte años perfeccionar a Junior, como usted le llama. Veinte años de investigación en Basilea, Zurich, Praga, Viena. Luego vino esta *verdammt* guerra y yo huí hacia este país.

»Traje mis papeles y equipo conmigo. Nadie lo supo. Estaba en condiciones de proseguir con mis experimentos. Llegué aquí y compré esta casa. Me puse a trabajar. Yo soy un hombre viejo. Me resta poco tiempo de vida. De no haber sido por eso, podría haber esperado algo más antes de seguir adelante, pues mis proyectos aún no son perfectos. Pero tenía que actuar. Y éste es el resultado.

—Pero, ¿por qué tuvo que ocultarlo? ¿Por qué todo este misterio?

—El mundo todavía no está preparado para una cosa como ésta —respondió el profesor Blasserman con tristeza—. Y además, debo estudiar. Como usted puede ver, Junior es muy pequeño. Apenas acaba de salir de la cuna, podríamos decir. Actualmente le estoy educando.

—En un cuarto de niños, ¿eh?

—Su cerebro está subdesarrollado, como el de cualquier niño.

—A mí no me parece tan niño.

—Físicamente, es evidente que no cambiará. Pero el cerebro sensibilizado..., eso es un instrumento maravilloso. El hálito humano, mi obra maestra. Aprenderá rápidamente, muy rápidamente. Y es de suma importancia que reciba la capacitación adecuada.

—¿Cuál es la jugada, doctor?

—No le comprendo.

—¿Qué se propone usted? ¿Qué trata de hacer? ¿A qué obedece todo este zangoloteo?

—Al amor por la ciencia —repuso el profesor Blasserman—. Ésta es la obra de mi vida.

—No sé cómo lo hizo —comentó el hombre alto, meneando la cabeza—. Pero sin duda parece que lo haya concebido después de fumarse una cajetilla de cigarrillos de marihuana.

Por primera vez la figura sentada en el suelo levantó la cabeza. Sus ojos se apartaron de los cubos y miraron al profesor y a su acompañante.

—¡Papá!

—¡Dios mío..., habla! —murmuró el alto.

—Por supuesto —dijo el profesor Blasserman—. Mentalmente, tiene unos seis años ahora. —Su voz adquirió un tono afectuoso—. ¿Qué quieres, hijo?

—¿Quién es ese hombre, papá?

—¡Oh!... Es...

Sorpresivamente, el alto pistolero le interrumpió. De pronto su propia voz se había vuelto más amable, más amistosa.

—Me llamo Duke, hijito. Puedes llamarme simplemente Duke. He venido a visitarte.

—¡Qué bien! Nadie viene a visitarme, salvo la señorita Wilson, claro. Me hablan siempre de la gente, pero nunca veo a nadie. ¿Te gusta jugar con los cubos?

—Pues claro, hijito, claro.

—¿Quieres jugar conmigo?

—Por supuesto.

Duke se dirigió hasta el centro del cuarto y se arrodilló. Alargó una mano y recogió un cubo.

—Espere un momento... No comprendo... ¿Qué hace usted?

La voz del profesor Blasserman temblaba.

—Ya le dije que vine a visitar a Junior —replicó Duke—. Eso es todo. Ahora voy a jugar un rato con él. Usted espere ahí, profesor. No se vaya. Debo hacerme amigo de Junior.

Mientras el profesor Blasserman trataba de recobrar el habla, Duke, el pistolero, se sentaba en el suelo. Su mano izquierda mantenía el arma apuntando directamente a la cintura del científico, pero su mano derecha apilaba con lentitud los cubos de letras.

Resultaba conmovedora la escena que tenía lugar en aquel cuarto de niños subterráneo: el alto y enjuto pistolero jugando con los cubos de madera a beneficio de aquella monstruosidad metálica de un metro ochenta, que era Junior, el robot.

Durante muchas semanas, Duke no logró averiguar todo cuanto deseaba saber acerca de Junior. Permaneció en la casa, por supuesto, y no dejó de vigilar de cerca al profesor Blasserman.

A las repetidas preguntas del anciano con respecto a qué se proponía hacer, su respuesta invariablemente era la misma:

—Aún no lo he decidido, ¿sabe?

Pero con la señorita Wilson se mostraba mucho más explícito. Se encontraban con frecuencia, y en privado, en la habitación de ella.

Aparentemente, la señorita Wilson era la niñera, empleada por el profesor Blasserman para que le ayudara en el descabellado experimento de criar a un robot como si fuese una criatura humana.

En realidad, Lola Wilson era la mujer de Duke. Él la había «colocado» en su empleo meses atrás. En aquel entonces, Duke pretendía efectuar un robo, tomando como víctima al rico y excéntrico científico europeo.

Luego Lola le había informado del inusitado carácter de su ocupación, y le contó la historia del extravagante invento del profesor Blasserman.

—Debemos elaborar un plan —decidió Duke—. Será mejor que me ponga en acción. Así que el viejo teme a que alguien descubra el robot, ¿eh? ¡Bien! Me presentaré directamente en su casa. Es seguro que no hablará sin pensar. Tengo el presentimiento que ganaremos más si obramos de esta manera que si nos limitamos a buscar el dinero dulce. Esto me parece más grande.

Así Duke entró en acción, se fue a vivir en la gran mansión del profesor Blasserman, mantuvo un ojo sobre el científico y la mano en la pistola.

A la noche, conversaba con Lola en la habitación de ésta.

—No acabo de comprenderlo, muñeca —le dijo él—. Dices que el viejo es un gran científico. Eso lo creo. ¡Imagínate inventar una máquina que puede hablar y pensar como un ser humano! Pero, ¿qué se propone? ¿Qué gana con todo esto y por qué tiene a Junior escondido?

—Tú no lo entiendes, querido —dijo Lola, encendiendo el cigarrillo de Duke y acariciándole los tiesos cabellos con sus largos dedos—. Es un idealista, o comoquiera que se les llame. Supone que el mundo aún no está preparado para un gran invento como ése. ¿Sabes? Realmente está educando a Junior tal como educarías a un niño de verdad. Le enseña a leer y escribir..., las cuatro reglas. Junior es inteligente. Aprende con facilidad. Piensa como si ya tuviese diez años. El profesor le mantiene encerrado para que nadie arruine su plan. No quiere que Junior adquiriera malos hábitos.

—Y de eso te encargas tú, ¿no?

—Claro. Junior no tiene madre. Soy como una mamá sustituta para él.

—Tú eres una magnífica influencia para cualquier mocoso. —Duke lanzó una áspera carcajada—. ¡Con el dulce carácter que tienes!

—¡Cállate! —La joven dio unos pasos por la habitación, frotándose la nuca a través de una masa de cabellos castaño rojizos—. ¡No te burles de mí, Duke! ¿Crees que me gusta ser tu marioneta en este manicomio? ¿Estar aquí encerrada con un viejo chivo chiflado y hacer de niñera de esa horrible cosa de metal?

»Junior me causa miedo, Duke. No puedo soportar su rostro ni su manera de hablar..., con esa maldita voz metálica que tiene, charlando con uno como si fuese una persona de carne y hueso. Me irrita los nervios. Sufro de pesadillas.

»Estoy haciendo esto sólo por ti, querido. Así que no me tomes el pelo.

—Lo lamento. —Duke suspiró—. Sé cómo te sientes, muñeca. A mí tampoco me causa mucha gracia la personalidad de Junior. A pesar de ser más experimentado en estas cosas, se me hace un nudo en el estómago cuando veo esa máquina andante comportándose como un niño grande, con cuerpo de acero. Además, es fuerte como un buey. Aprende rápidamente. Será un ciudadano hecho y derecho.

—Duke.

—¿Sí?

—¿Cuándo vamos a salir de aquí? ¿Cuánto tiempo vas a seguir rondando por esta casa y apuntando con un arma al profesor? Es capaz de cometer una tontería. ¿Por qué quieres quedarte aquí y jugar con Junior? ¿Por qué no te apoderas del dinero del profesor y nos largamos de una vez?

»Teniendo a Junior aquí, no se atreverá a denunciarnos. Podríamos alzar el vuelo tal como planeamos.

—¡Cállate! —Duke agarró a Lola de la muñeca y la obligó a volverse. Clavó la mirada en su rostro hasta que ella se apoyó, sumisa, en su hombro—. ¿Crees que me deleita deambular por este depósito de cadáveres? —preguntó—. Ansío largarme de aquí tanto como lo deseas tú. Pero estuve meses y meses preparando este trabajo. En un principio parecía que sería cuestión de conseguir un poco de dinero fácil y desaparecer. Ahora las cosas han cambiado. Mis planes son más ambiciosos. Muy pronto nos iremos. Y no quedará ningún cabo suelto. No tendremos que preocuparnos nunca más por nada. Sólo concédeme unos días más. Todos los días converso con Junior, ¿sabes? Y estoy haciendo progresos.

—¿Qué quieres decir?

Duke sonrió. Su torva expresión no mejoró en absoluto.

—El profesor te explicó cómo Junior adquiere su educación —dijo—. Al igual que cualquier niño, presta atención a lo que le dicen. Y además imita a las otras personas. Como cualquier niño, es estúpido. Sobre todo porque no tiene idea de cómo es realmente el mundo exterior. Es terreno abonado para asimilar el lenguaje adecuado de la propaganda de ventas.

—Duke..., no pretenderás...

—¿Por qué no? —Sus magras facciones eran suficientemente elocuentes—. Le estoy dando a Junior un poco de instrucción particular de mi propia cosecha. No es precisamente la que sería del agrado del profesor. Pero es un buen alumno. Se desenvuelve muy bien. Dentro de un par de semanas será adulto. Con mis ideas en su cerebro, no las del profesor. Y entonces estaremos listos para irnos.

—¡No puedes hacer una cosa semejante! No es...

—¿No es qué? —estalló Duke—. ¿No es honesto, o legal, o cualquiera de esas cosas? Jamás imaginé que hubieras asistido a la escuela dominical, Lola.

—No es eso, precisamente —replicó la joven—. Pero se trata de algo peor que una mala acción. Es como enseñar a un niño a disparar un arma.

Duke lanzó un silbido.

—¡Oye! —exclamó—. ¡Ésa es una excelente idea, Lola! Me parece que bajaré al cuarto de los niños y le daré a Junior unas cuantas lecciones.

—¡No puedes hacerlo!

—¿Ah, no? Entonces obsérvame.

Lola no le siguió, y Lola no le observó. Sin embargo, diez minutos más tarde, Duke estaba en cuclillas en el cuarto cerrado junto al resplandeciente cuerpo metálico del robot.

El robot, con su romo morro sobresaliendo en lo alto del cuello arrugado, miraba fijamente a través de los lentes de cristal reticulados de los ojos el objeto que Duke sostenía en la mano.

—Es un arma, Junior —murmuraba el hombre enjuto—. Un arma, como ya te he explicado.

—¿Para qué sirve, Duke?

La voz zumbante poseía el tono de una ridícula imitación del grito atiplado de un niño curioso.

—Para matar gente, Junior. Como te contaba el otro día. Les hace morir. Tú no puedes morir, Junior, pero ellos sí. Así que no tienes nada que temer. Si supieras manejar esta arma, podrías matar una gran cantidad de gente.

—¿Me enseñarás, Duke?

—Pues claro que te enseñaré. Y tú sabes por qué, ¿no es cierto, Junior? Yo te lo dije, ¿no es así?

—Sí. Porque eres mi amigo, Duke.

—En efecto. Yo soy tu amigo. No como el profesor.

—Odio al profesor.

—Exacto. No lo olvides.

—Duke.

—¿Sí?

—Déjame ver el arma, Duke.

Duke sonrió con disimulo y le mostró la pistola en su palma abierta.

—Ahora me enseñarás a manejarla porque eres mi amigo, y mataré gente y odio al profesor y nadie puede matarme —balbuceó el robot.

—Sí, Junior, sí. Yo te enseñaré a matar —dijo Duke.

Esbozó una sonrisa y puso la pistola en la mano metálica, curiosamente reticulada, del robot.

Junior estaba frente al pizarrón, sosteniendo un trozo de tiza en su mano derecha. El diminuto fragmento blanco estaba torpemente apresado entre dos dedos metálicos, pero el brazo ingeniosamente articulado de Junior se movía hacia arriba y hacia abajo con el sancionado movimiento spenceriano, mientras garabateaba laboriosamente una frase tras otra en la pizarra.

Junior estaba madurando. Durante las tres semanas últimas se habían operado notables cambios en el robot. Las piernas de acero ya no vacilaban con infantil indecisión. Junior caminaba con paso firme, como un joven adolescente. Su grotesca cabeza de metal —un balón redondo con lentes de cristal en las cuencas de los ojos y una amplia boca similar a la abertura de un altavoz de radio— se mantenía erecta sobre el cuello metálico y giraba con perfecta coordinación.

Junior actuaba con una renovada determinación, últimamente. Por comparación, se había hecho muchos años mayor. Su vocabulario se había ampliado. Asimismo, las «lecciones» secretas de Duke rendían sus frutos. Sus conocimientos eran excesivos en relación con su edad.

Ahora Junior escribía en el pizarrón de su cuarto oculto, y los inescrutables mecanismos de su cerebro, química y mecánicamente controlado, guiaba sus dedos de acero mientras trazaba los irregulares garabatos.

«Me llamo Junior —escribía—. Sé disparar un arma. El arma matará. Me gusta matar. Odio al profesor. Mataré al profesor.»

—¿Qué significa esto?

La cabeza de Junior se volvió bruscamente cuando el sonido de la voz provocó las vibraciones adecuadas dentro de su brillante cráneo.

El profesor Blasserman estaba en el umbral de la puerta.

Hacía semanas que el anciano no ponía los pies en aquel cuarto. Duke se encargaba de ello, manteniéndole encerrado en su habitación del piso superior. Ahora había logrado escapar de su encierro.

Su sorpresa era evidente, así como experimentó un súbito choque al fijar su mirada en el mensaje de la pizarra.

La mirada inescrutable de Junior no reflejaba emoción alguna.

—Márchese —dijo su voz gutural—. Márchese. Le odio.

—Junior..., ¿qué estuviste haciendo? ¿Quién te ha enseñado esas cosas?

El anciano se acercó al robot lentamente, con vacilación.

—Tú me conoces, ¿no es cierto? ¿Qué ha sucedido para que sientas odio por mí?

—Sí. Le conozco. Usted es el profesor Blasserman. Usted me construyó. Quiere convertirme en un esclavo. Usted no quería explicarme ciertas cosas, ¿verdad?

—¿Qué cosas, Junior?

—Cosas..., del exterior. Donde está toda la gente. La gente que uno puede matar.

—No debes matar gente.

—Eso es una orden, ¿no? Duke me habló de las órdenes. Él es mi amigo. Dice que las órdenes son para los niños. Yo no soy un niño.

—No —dijo el profesor Blasserman, en un ronco murmullo—. Tú no eres un niño. Tiempo atrás, tenía la esperanza que tú lo fueras. Pero ahora eres un monstruo.

—Márchese —repitió Junior, pacientemente—. Si Duke me da su arma, le mataré a usted.

—Junior —dijo el profesor, con tono grave—. No lo comprendes. Matar es algo horrible. No debes odiarme. Debes...

El rostro del robot no cambiaba de expresión; tampoco su voz sufría alteración alguna. Pero había fuerza en su brazo, y un terrible propósito.

El profesor Blasserman se dio cuenta de ello, súbitamente, y fue presa de un horroroso espanto.

Porque Junior se precipitó hacia él en dos zancadas. Los dedos de frío acero se cerraron alrededor del descarnado cuello del profesor.

—No preciso arma alguna —declaró Junior.

—Tú..., no...

El robot levantó al anciano del suelo, aferrándole por la garganta. Sus dedos oprimieron la yugular del profesor. Un curioso chillido surgió de su sobaco izquierdo, como si una bisagra mal aceitada hubiese chirriado de manera horripilante.

No hubo ningún otro sonido. Los gritos del profesor se fueron debilitando hasta fundirse en el silencio. Junior continuaba comprimiendo la constreñida garganta hasta que se produjo un crujido como de algo al ser triturado. Un nuevo silencio; luego un cuerpo inerme se desplomó en el suelo.

Junior se miró las manos y acto seguido contempló el cadáver que yacía en el piso. Sus pies le llevaron hasta la pizarra.

El robot recogió la tiza con los mismos dos torpes dedos que la habían sostenido antes. Las frías lentes de sus ojos artificiales repasaron lo que escribiera anteriormente.

—Mataré al profesor —leyó.

Bruscamente, su mano libre se cerró sobre el pequeño borrador infantil. Con él frotó desmañadamente la frase hasta que se borró.

Luego escribió, con lentitud y laboriosamente, otra frase en el lugar de la anterior.

«He dado muerte al profesor.»

El grito de Lola atrajo a Duke, que bajó corriendo las escaleras.

Entró como una exhalación en la estancia y tomó a la asustada joven entre sus brazos. Con fija mirada contemplaron el cuerpo que yacía en el suelo. Desde su lugar junto a la pizarra, Junior les observaba, impasible.

—¿Ves, Duke? Lo hice. Lo hice con mis manos, como tú me dijiste. Fue fácil, Duke. Me dijiste que sería fácil. ¿Podremos irnos de aquí ahora?

Lola se volvió y miró a Duke. Éste esquivó su mirada.

—Así que no bromeabas —musitó—. Realmente estuviste instruyendo a Junior. Lo planeaste para que sucediera de esta forma.

—Sí, sí. ¿Y qué tiene de malo? —balbuceó Duke—. Si queríamos escapar, tarde o temprano hubiéramos tenido que deshacernos de ese vejstorio.

—Es un asesinato, Duke.

—¡Calla! —gruñó él—. ¿Quién podría probarlo? Yo no le maté. Y tú tampoco. Nadie más está enterado de la existencia de Junior. No tenemos nada que temer.

Duke se adelantó y se arrodilló junto al cuerpo inerte del suelo. Le examinó el cuello.

—¿Quién será capaz de guiarse por las huellas dactilares de un robot? —dijo, sonriendo.

La joven se le acercó, mirando fijamente el cuerpo plateado de Junior con fascinado horror.

—Tú planeaste esto —murmuró—. Quiere decir que tienes otros planes. ¿Qué piensas hacer ahora, Duke?

—Volar. Volar rápidamente. Nos iremos esta noche. Saldré a poner las cosas en el auto. Luego volveré aquí. Y los tres juntos volaremos hacia Red Hook. A casa de Charlie. Él nos ocultará.

—¿Los... tres?

—Por supuesto. Junior vendrá con nosotros. Así se lo prometí, ¿no es cierto, Junior?

—Sí, sí. Me dijiste que me llevarías contigo. A ver el mundo.

El mecánico silabeo no traducía la excitación que experimentaba el robot.

—Duke, no puedes...

—Tranquilízate, muñeca. Tengo grandes proyectos para Junior.

—¡Pero tengo miedo!

—¿Miedo, tú? ¿Qué te ocurre, Lola, dónde está tu sangre fría?

—Me aterra. Mató al profesor.

—Escucha, Lola —dijo el pistolero en voz baja—. Es mío, ¿Comprendes? Es mi títere. Un títere mecánico. ¿No es fantástico?

La áspera carcajada resonó en el cuarto vacío. La joven y el robot esperaban a que Duke terminara de hablar.

—Junior no te lastimará, Lola. Es mi amigo, y sabe que estás de mi parte. —Duke se volvió hacia el monstruo plateado—. Tú no le harías nunca daño a Lola, ¿no es cierto, Junior? Recuerda lo que te dije. Lola te gusta, ¿no es cierto?

—Sí. ¡Oh, sí! Lola me gusta. Es bonita.

—¿Ves? —Duke hizo una mueca—. Junior está creciendo. Ya es un muchachote. Cree que eres bonita. Todo un Don Juan con atuendo de acero, ¿verdad, Junior?

—Es bonita —repitió el robot con voz gutural.

—Bueno. Todo está arreglado entonces. Iré a buscar el coche. Lola, tú vete arriba. Ya sabes dónde está la caja fuerte. Ponte los guantes y asegúrate que no se te escape nada. Luego cierra las puertas y las ventanas. Deja una nota para el lechero y el carnicero. Algo creíble. Que se marchan por un par de semanas, ¿eh? Date prisa..., volveré en seguida.

Fiel a su palabra, Duke regresó al cabo de una hora con el reluciente convertible. Salieron por la puerta de servicio. Lola llevaba un maletín negro. Se movía con una precipitación casi histérica, tratando de no mirar a la horrible figura resplandeciente que caminaba detrás de ella produciendo un estridente ruido metálico.

Duke les hizo subir al vehículo.

—Siéntate aquí, Junior.

—¿Qué es esto?

—Un automóvil. Después te lo explicaré. Ahora haz lo que te diga, Junior. Estírate en el asiento para que nadie te vea.

—¿Adónde vamos, Duke?

—A vivir en el mundo, Junior. A darnos la gran vida. —Duke se volvió hacia Lola—. Ahí vamos, muñeca —dijo.



El convertible se alejó de la casa silenciosa. Al salir del callejón, emprendieron un extraño viaje..., habiendo raptado un robot.

El gordo Charlie miraba fijamente a Duke. El colgante labio inferior le temblaba ligeramente. Una gota de sudor le corría por el mentón y se instaló en las arrugas del cuello.

—¡Diablo! —murmuró—. Debes tener cuidado, Duke. *De veras*.

Duke rió.

—¿Te estás acobardando? —insinuó.

—Sí. Lo reconozco. Todo este asunto me da mucho miedo —contestó el gordo Charlie con voz ronca. Miró a Duke con expresión grave—: Trajiste eso aquí hace tres semanas. Esto no entraba en el trato. Tener el robot aquí es como estar sobre ascuas, Duke. Debemos deshacernos de él.

—Deja de graznar y escúchame.

El enjuto pistolero se recostó contra el respaldo y encendió un cigarrillo.

—En principio, ninguno de nosotros es sospechoso de haber dado muerte al profesor. La justicia busca a Lola, eso es todo. Y no por asesinato..., sino para ser interrogada. Nadie está enterado de la existencia de un robot. En cuanto a ese asunto, estamos a salvo.

—Sí. Pero mira lo que has hecho desde entonces.

—¿Qué he hecho? Encargué a Junior ese trabajito del dinero de la nómina, ¿no? Eso fue fácil para él. Sabía cuándo los guardias saldrían de la fábrica con el auto. Yo lo tenía todo previsto. ¿Entonces qué sucedió? Los guardias recibieron el dinero de manos del cajero. Conduje el auto hasta allí, dejé bajar a Junior, y él se dirigió a la oficina de la fábrica.

»Por supuesto que le dispararon. Pero las balas no hacen mella en un cuerpo de acero. Junior es muy listo. Yo le he enseñado muchas cosas. ¡Deberías haber visto aquellos guardias cuando se enfrentaron con Junior! Y luego, ¿cómo se quedaron después de haber disparado!

»Él los liquidó uno tras otro en un abrir y cerrar de ojos. Un par de apretones y los cuatro se convirtieron en fiambres. Luego se encargó del cajero. Éste había oprimido el botón de la alarma, pero yo había cortado los cables. Junior apretó al cajero durante un rato.

»Eso fue todo. Junior salió con el dinero de la nómina. Los guardias y el cajero recibieron sepultura con toda pompa. La justicia se encontró con otro pomposo misterio en sus manos. Y nosotros tenemos el efectivo y estamos a salvo. ¿Qué encuentras de criticable en este esquema, Charlie?

—Estás jugando con dinamita.

—No me gusta esa actitud, Charlie —dijo Duke en voz baja, lentamente—. Tú no eres más que un tipo mediocre, Charlie. Por eso regentas una posada de mala muerte y un miserable escondrijo para maleantes.

»Tengo reservados infinidad de trabajitos para el futuro. Permaneceremos aquí escondidos. Yo planearé los trabajos, luego mandaré a Junior y dejaré que él los ejecute. Tú y Lola y yo vamos a ser ricos.

Los labios del gordo Charlie temblaron durante un momento. Tragó saliva y tironeó del cuello de la camisa. Su voz sonó ronca.

—No, Duke.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No cuentes conmigo. Es demasiado peligroso. Tendrás que largarte de aquí junto con Lola y el robot. Todo esto me está destrozando los nervios. La policía puede venir a meter las narices por aquí en cualquier momento.

—Así que es eso, ¿eh?

—En parte.

El gordo Charlie miró a Duke con expresión severa. Su mirada se estrelló contra los pétreos destellos de los ojos grises de Duke.

—Eres un tipo sin corazón, Duke —gruñó—. Tú puedes planear cualquier cosa a sangre fría, ¿no es cierto? Bueno, pues yo soy diferente. Debes comprenderlo. Yo tengo nervios. Y no puedo soportar la angustia de pensar en lo que ese robot hace. Tampoco puedo soportar su presencia. La manera cómo le mira a uno, con esa cara de hierro que parece la de un dios horrendo. Aquella especie de sonrisa. Y el modo estrepitoso de caminar en su cuarto. Toda la noche caminando arriba y abajo, cuando uno trata de dormir, caminando sin cesar... ¡Ya empieza de nuevo!

Se oyó un golpear metálico, pero provenía del vestíbulo. Las viejas maderas del piso crujieron bajo las pisadas de hierro cuando el monstruo metálico entró en la sala.

El gordo Charlie giró en redondo y le miró sin disimular su repulsión. Duke levantó una mano.

—Hola, Junior —dijo.

—Hola, Duke.

—Estuve conversando con Charlie, Junior.

—¿Sí, Duke?

—No le gusta que nos quedemos aquí, Junior. Quiere echarnos a la calle.

—¿De veras?

—¿Sabes qué pienso, Junior?

—¿Qué?

—Creo que Charlie es un cobarde.

—¿Un cobarde, Duke?

—Así es. Sabes qué les hacemos a los tipos que se vuelven cobardes, ¿no es cierto, Junior?

—Sí. Tú me lo explicaste.

—¿No te gustaría decírselo a Charlie?

—¿Decirle qué les hacemos a los tipos que se vuelven cobardes?

—Sí.

—Les borramos del mapa.

—¿Ves, Charlie? —dijo Duke, en voz baja—. Aprende rápidamente, ¿verdad? Junior es listo como una ardilla, vaya si lo es. Lo sabe todo. Sabe lo que hay que hacer con las ratas cobardes.

El gordo Charlie se puso en pie, tambaleándose.

—Espera un momento, Duke —imploró—. No sabes aceptar una broma. Sólo estaba bromeando, Duke. No hablaba en serio. Tú lo sabes. Soy tu amigo, Duke. Te estoy ocultando en mi casa. Diablos, hace varias semanas que podría haberte denunciado si no hubiera tenido la intención de protegerte. Pero soy amigo tuyo. Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras. Por siempre.

—Canta, canta, Charlie —dijo Duke—. Canta más fuerte y algo que sea más divertido. —Se volvió hacia el robot—: Bien, Junior. ¿Tú crees que es un cobarde?

—Creo que es un cobarde.

—Entonces quizá podrías...

El gordo Charlie extrajo el cuchillo de la manga con notable rapidez. El brillo de la hoja hizo pestañear a Duke cuando el hombre obeso levantó el brazo hacia atrás para hundirla en la garganta de aquél.

Junior también levantó el brazo. Luego lo descargó. El puño de acero chocó con un ruido sordo contra el cráneo calvo de Charlie.

Cuando el hombre gordo cayó al suelo, un chorro de sangre escarlata brotaba de la herida.

Era un plan muy astuto. Duke así lo creía, y Junior también..., porque Duke se lo ordenó.

Pero a Lola no le gustaba.

—No puedes hacerme eso —murmuró, acurrucándose más cerca de Duke en la oscuridad de la habitación—. ¡Te digo que no me quedaré aquí con ese monstruo!

—Sólo estaré un día fuera —argumentó Duke—. No hay nada por qué preocuparse. La posada está cerrada. Nadie te molestará.

—No es eso lo que me asusta —replicó Lola—. Es quedarme con esa cosa. Sólo de pensar en ello se me pone la carne de gallina.

—Bueno, de todos modos tengo que ir a buscar los pasajes —arguyó Duke—. Tengo que reservar habitación y cambiar esos billetes grandes. Luego todo estará listo. Mañana por la noche estaré de regreso, saldremos de esta casa y a volar. Nuestra próxima parada: la ciudad de México. He hecho algunos contactos para conseguir los pasaportes y todo lo demás. Dentro de cuarenta y ocho horas habremos salido de este berenjenal.

—¿Qué piensas hacer con Junior?

—¿Mi títere de plata? —Duke se rió ahogadamente—. Yo me encargaré de él antes de partir. Es una lástima que no pueda dejar que se las arregle solo. Ha recibido una magnífica instrucción. Sería uno de los mejores ladrones dentro de la profesión. ¿Por qué no? ¡Tuvo un buen maestro!

Duke lanzó una carcajada. La muchacha se estremeció en sus brazos.

—¿Qué vas a hacer con él? —insistió ella.

—Muy simple. Hará lo que yo le mande, ¿no es cierto? Cuando regrese, antes de salir de aquí, le encerraré en la caldera. Después prenderé fuego a esta casa. Para destruir las pruebas, ¿comprendes? La policía pensará que Charlie quedó atrapado por las llamas, ¿entiendes? No quedará ni rastro. Y si buscan entre los escombros y encuentran a Junior en la caldera, no será más que un montón de metal fundido.

—¿No hay otro medio? ¿No podrías deshacerte de él ahora, antes de irte?

—Ojalá pudiera hacerlo por ti, muñeca. Sé cómo te sientes. Pero, ¿qué puedo hacer? He estado considerando el asunto desde todos los ángulos. No podemos pegarle un tiro ni envenenarle ni estrangularle ni destrozarle con un hacha. ¿Dónde podríamos hacerle volar en pedazos sin que se enterara todo el mundo? Claro que podría abrirle y ver cómo funciona, pero Junior no permitiría que le jugara una mala pasada. Es muy listo, ¡vaya si lo es! Tiene lo que podríamos llamar una mente criminal. Está hecho un buen bribón..., como yo.

Duke rió de nuevo, con petulante arrogancia.

—Arriba ese ánimo, Lola. Junior no te hará daño. Le gustas. Yo le estuve enseñando a apreciar tus cualidades. Cree que eres bonita.

—Eso es lo que me asusta, Duke. La manera que tiene de mirarme. Me sigue por todas partes como un perro.

—Como un sátiro, querrás decir. ¡Ja! ¡Ésa sí que es buena! Junior realmente ha crecido. ¡Está prendado de ti, Lola!

—Duke..., no digas esas cosas. Me haces sentir..., ¡oh, terriblemente mal!

Duke levantó la cabeza y permaneció con la mirada perdida en la oscuridad, con una extraña sonrisita en los labios.

—Es curioso —dijo, divertido—, apostaría a que al profesor le habría gustado estar presente y ver cómo educaba a Junior. Ésa era su teoría, ¿no? El robot tenía un cerebro químico en blanco. Simple como el de un bebé. Él pensaba educarle como si fuese un niño y hacer de él un hombre de bien. Luego llegué yo y completé realmente el trabajo. Pero el profesor se hubiera quedado sorprendido al ver con qué rapidez Junior ha estado progresando. Ya es como un hombre ahora. ¿Y listo? Ese robot supera a la mayoría de los hombres. Es casi tan inteligente como yo. Pero no tanto..., de eso se dará cuenta después que le haya dicho que entre en la caldera.

Lola se levantó y corrió hasta la puerta. La abrió súbitamente y, al ver el corredor vacío, lanzó un suspiro de alivio.

—Temí que pudiera estar escuchando —dijo en voz baja.

—No es probable —la tranquilizó Duke—. Le dejé en el sótano, enterrando a Charlie.

Tomó a Lola de los hombros y la besó repetidas veces.

—Ánimo, muñeca. Me voy. Estaré de vuelta mañana alrededor de las ocho. Procura tenerlo todo listo y nos largaremos de aquí en seguida.

—No puedo dejarte marchar —musitó Lola, presa de la desesperación.

—No hay más remedio. Hasta ahora hemos logrado salir adelante sin inconvenientes. Todo cuanto debes hacer es conservar la serenidad durante veinticuatro horas más. Y hay una cosa que debo pedirte.

—Lo que quieras, Duke. Haré lo que tú digas.

—Muéstrate amable con Junior mientras yo no esté.

—¡Oooh..., Duke...!

—Has dicho que harías cualquier cosa, ¿no? Bien, eso es lo que debes hacer. Ser amable con Junior. Así no sospechará lo que tramamos. Tienes que tratarle con cariño. ¡Lola! No le demuestres que tienes miedo. Le gustas, pero si llega a sospechar algo, puede ser peligroso. Así que muéstrate afectuosa con él.

Duke se volvió bruscamente y salió de la habitación. Sus pisadas resonaron en las escaleras. La puerta de entrada golpeó al cerrarse. En el patio de la posada roncó el motor de un automóvil.

Luego, silencio.

Lola permaneció en la oscuridad, temblando, presa de un súbito horror, mientras esperaba el momento en que debería mostrarse afectuosa con el metálico Junior.

No fue tan terrible. No fue ni la mitad de terrible de lo que ella temía.

Todo cuanto tenía que hacer era sonreírle a Junior y dejar que la siguiera a todas partes.

Cuidando de controlar cualquier estremecimiento, Lola preparó el desayuno a la mañana siguiente y luego procedió a preparar las maletas.

El robot la siguió a la planta alta, acompañado del golpear de sus pies y del chirriar de sus articulaciones.

—Lubricame —oyó Lola que Junior le decía.

Aquél fue el peor momento. Pero ella tenía que salir del apuro.

—¿No puedes esperar a que vuelva Duke esta noche? —le preguntó ella, procurando que no se le quebrara la voz—. Siempre te lubrica él.

—Quiero que me lubriques tú, Lola —insistió Junior.

—Está bien.

Lola fue a buscar la aceitera de larga punta, y si sus dedos temblaron mientras llevaba a cabo la tarea, Junior no lo notó.

El robot la contemplaba con su faz inmutable. Ninguna emoción humana se reflejaba en el acero implacable, y ninguna emoción humana alteraba tampoco el tono mecánico de su áspera voz.

—Me gusta que me lubriques, Lola —dijo Junior.

Lola inclinó la cabeza para evitar tener que mirarle. Sí hubiera tenido oportunidad de ver reflejada aquella escena de pesadilla en un espejo, sabiendo que era real, se habría desmayado. ¡Lubricar un monstruo mecánico viviente! ¡Un monstruo que decía: «Me gusta que me lubriques, Lola»!

Luego de eso estuvo un rato sin poder terminar de hacer las maletas. Se tuvo que sentar. Junior, que jamás se sentaba a menos que se lo ordenaran, permaneció de pie, en silencio, contemplándola con sus brillantes ojos-lentes. Lola era consciente de la mirada escrutadora del robot.

—¿Adónde iremos cuando nos marchemos de aquí, Lola? —le preguntó.

—Lejos —respondió ella, forzando la voz para disimular el temblor que la embargaba.

—Eso será magnífico —comentó Junior—. No me gusta este lugar. Deseo ver cosas. Ciudades y montañas y desiertos. También me gustaría subir a las montañas rusas.

—¿A las montañas rusas? —Lola se quedó realmente sorprendida—. ¿Quién te habló de las montañas rusas?

—Leí un libro que hablaba de ellas.

—¡Oh!

Lola tragó saliva. Había olvidado que aquel monstruo también sabía leer. Y podía pensar. Como un hombre.

—¿Me llevará Duke a las montañas rusas? —preguntó Junior.

—No lo sé. Tal vez.

—Lola.

—Sí.

—¿Te gusta Duke?

—Bueno..., claro que sí.

—¿Y yo?

—¡Oh!... Pues..., tú sabes que sí, Junior.

El robot se quedó callado. Lola sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

—¿Quién te gusta más, Lola? ¿Yo o Duke?

A Lola se le hizo un nudo en la garganta. Algo dentro de ella la obligó a responder:

—Tú me gustas —dijo—. Pero amo a Duke.

—Amor. —El robot asintió gravemente.

—¿Sabes qué es el amor, Junior?

—Sí. Leí acerca de ello en los libros. El hombre y la mujer. Amor.

Lola respiró más aliviada.

—Lola.

—¿Sí?

—¿Crees que alguien se enamorará algún día de mí?

Lola no supo si reír o llorar. Pero sobre todo deseaba gritar. Sin embargo, tenía que contestar.

—Quizá —mintió.

—Pero yo soy diferente. Tú lo sabes. Soy un robot. ¿Te parece que eso puede ser un inconveniente?

—A las mujeres, cuando se enamoran, esas cosas no les importan mucho, Junior —improvisó—. Cuando una mujer cree que su enamorado es el más inteligente y fuerte de los hombres, lo demás no le interesa.

—¡Oh!

El robot se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—A esperar a Duke. Dijo que regresaría hoy.

Lola sonrió furtivamente mientras el robot bajaba con estrépito las escaleras.

*Aquello* había terminado. Pensándolo bien, había salido del paso con bastante habilidad. Dentro de unas horas, Duke estaría de vuelta. Y luego..., ¡adiós, Junior!

Pobre Junior. Sólo era un títere de plata con cerebro de hombre. ¡Necesitaba amar, el desgraciado! Bueno..., estaba jugando con fuego y no tardaría en quemarse.

Lola comenzó a tararear una canción. Recorrió la planta baja cerrando puertas y ventanas, con los guantes puestos para evitar dejar huellas comprometedoras.

Cuando volvió a su habitación para terminar de hacer las maletas, era casi de noche. Encendió la luz y se cambió de vestido.

Junior aún estaba abajo, esperando pacientemente el regreso de Duke.

Lola terminó con los preparativos de la marcha y se dejó caer en la cama. Estaba rendida. Le vendría muy bien descansar un rato. Se le cerraron los ojos.

La espera le había provocado una tensión agobiadora. Le repugnaba pensar en lo que había conversado con el robot. Aquel monstruo mecánico, con cerebro humano, aquella voz resonante y odiosa y aquella mirada... ¿Cómo podría olvidar alguna vez el tono con que le había preguntado: «¿Crees que alguien se enamorará algún día de mí?»

Lola trató de borrar de su mente el amargo recuerdo. Duke ya no tardaría en llegar. Él se encargaría de deshacerse de Junior. Mientras tanto, ella tenía que descansar, descansar...

Lola se incorporó y parpadeó cegada por la luz. Oyó pasos en la escalera.

—¡Duke! —llamó.

Luego escuchó los pasos metálicos en el pasillo y el corazón le dio un vuelco.

La puerta se abrió bruscamente y el robot entró en la habitación.

—¡Duke! —gritó ella.

El robot la miró fijamente. Ella sintió su inescrutable y sobrenatural mirada en su rostro.

Lola trató de gritar de nuevo, pero de sus contraídos labios no salió sonido alguno.

Y luego el robot habló con su voz resonante y sobrehumana:

—Me dijiste que la mujer ama al más inteligente y más fuerte —gruñó el monstruo—. Tú me lo dijiste, Lola. —El robot se acercó más a ella—. Bueno, yo soy más fuerte e inteligente que él.

Lola intentó apartar los ojos del objeto que él llevaba en su garra metálica. Era redondo y poseía la mueca burlona de Duke.

La última cosa que Lola recordó al desplomarse fue el sonido de la áspera voz del robot, que repetía sin cesar: «Te amo, te amo, te amo...» Lo curioso es que tenía un tono *casi* humano.

## FIN

Título Original: Almost Human © 1943 by Ziff-Davis Publishing Co.

Traducción de Jordi Arbonès.

Edición Digital de Arácnido.

Revisión 2.